

**RUBIO**

La demagogia nace en las crisis pero también en la ausencia de un liderazgo capaz de explicar y proponer soluciones distintas a las que todos aceptan como absolutas.

**PARDINAS**

Recorte del 10 por ciento en el gasto del gobierno y transparencia en la nómina pública son puntos básicos para que México enfrente la crisis.

**CATÓN**

El padre Arsilio le pregunta a una de sus feligresas: "¿Amas a tu prójimo?" "A varios, padre -contesta ella-. Al que no aguanto es a mi esposo"...

# Malo pero justo

LUIS RUBIO

La distancia entre el gobierno y la población crece con celeridad. En tanto que algunos funcionarios hablan de la necesidad de encarar la crisis económica, la población se enconcha cada vez más. Por un lado el NO rotundo: rechazo universal a nuevos o más impuestos; aversión total a bajar los aranceles a la importación; oposición visceral a considerar cualquier cambio en el régimen de Pemex, así sea para procurar más recursos que mantengan la fiesta. Por otro lado, el SI, igualmente absoluto: más servicios, más presupuesto, más gasto, más endeudamiento. Mientras esto pasa, el problema fiscal -menos ingresos y más gastos- comienza a convertirse en un riesgo fenomenal. En ausencia de un liderazgo político preclaro, capaz de explicar que este camino no conduce a nada bueno, la crisis se convierte en un entorno perfecto para el resurgimiento de los demagogos.

Aunque el rechazo al dispendio del gobierno, comenzando por el de los gobernadores, es casi universal, la evidencia indica que todo el país se ha acostumbrado a esperar que alguien -el gobierno, el petróleo, la virgen de Guadalupe o más deuda- siempre va a estar ahí para sacarnos del hoyo. No es que la población no entienda que no se puede gastar más de lo que se tiene, pues ésa es la realidad de la economía familiar cotidiana. Lo que pasa es que la población observa lo obvio: que los servicios públicos son muy malos y que siempre hay dinero para todas las causas menos para las que le importan a los ciudadanos. El dispendio de los políticos es tan flagrante que nadie en su sano juicio ve lógica alguna en pagar más impuestos para mantener la inseguridad pública, la escasez de agua, los elevados precios de los energéticos o la pésima calidad de los servicios educativos y de salud. La evidencia es contundente.

El caso de los empresarios no es distinto. Las empresas en México viven abrumadas por requisitos burocráticos, impuestos diversos y malos servicios públicos. La mayoría no tiene tiempo o posibilidad de dedicarse a ninguna cosa excepto tratar de sobrevivir. Algunos acaban en la economía informal pero eso crea nuevos problemas. Muchos se las han arreglado para crear reglas de excepción que les permiten reducir la virulencia con que sus competidores, algunos en la forma de importaciones, les disputan sus mercados. Dado el contexto en que viven, es difícil no simpatizar con su negativa a que se eleven los impuestos o se reduzcan los mecanismos de protección de que gozan.

La postura de los ciudadanos y la de los empresarios, cada una en su mundo, son absolutamente lógicas, pero erradas. El ciudadano no tiene más alternativa que defender su terruño porque su capacidad de influencia en la toma de decisiones es un cero absoluto. Por su parte, los empresarios emplean argumentos interesados, pero no necesariamente falsos, para defender los mecanismos de protección de que gozan: mis contrapartes en otras latitudes, dicen, no tienen costos tan elevados de los energéticos, las comunicaciones sirven a los usuarios y no al

revés, la infraestructura funciona, hay crédito, no hay contrabando, la criminalidad es un problema menor y los servicios públicos son de buena calidad. Frente a eso, el empresario mexicano no tiene mucho que ofrecer excepto su talento en las relaciones con el gobierno para protegerse. Es decir, mientras un chino o un coreano se dedica a trabajar, elevar eficiencias y producir mejores productos, los mexicanos nos tenemos que conformar con que no nos vaya peor.

Entre una cosa y la otra hay muchos vivales. Hace poco vino a México un empresario europeo para explorar la posibilidad de realizar una inversión multimillonaria en el sector de procesamiento de alimentos. Tratándose de una empresa con presencia en muchos mercados, su éxito radica en elevar eficiencias, mejorar su logística, adoptar tecnologías nuevas y desarrollar cada vez mejores productos. Lo que encontró en México es una industria con varios participantes pero todos con tecnologías viejas, volúmenes pequeños y altos márgenes. Luego de visitar a los líderes del sector se encontró con que ninguno tiene ni el menor interés de bajar costos o elevar eficiencias y menos invertir en mejorar la calidad de sus productos.

En un mercado competido y competitivo, este empresario europeo vería a México como una oportunidad maravillosa para desplazar a los actuales empresarios improductivos como fuerza disruptiva a favor del consumidor: introduciendo mejores productos a menores precios. Sin embargo, poco a poco entendió cómo funciona el sector y llegó a la conclusión de que no había manera en que él pudiera competir. Primero, las empresas viven en un mundo de opacidad y evasión de impuestos y no tienen incentivos para cotizar en bolsa. Segundo, una fracción arancelaria hace que no sea rentable importar su producto, lo que les protege de la competencia del exterior. Tercero, la distribución está controlada por un monopolio del que todos son parte, haciendo incoachable la entrada de un competidor que no sea parte del juego. En suma, los participantes en este mercado viven felices de explotar al consumidor.

Es evidente que este ejemplo no es extrapolable a todas las demás actividades económicas. Muchos sectores han sufrido brutalmente por la competencia del exterior y algunos han sido totalmente devastados. Sin embargo, no todos los que han padecido son malos empresarios o inherentemente incompetentes. Pero la mayoría ruega por la protección y le demanda al gobierno que no cambie nada. Es decir, nadie, ni quien pudiera beneficiarse de una mejor estructura fiscal o de una mayor competencia en la economía (o sea, la absoluta mayoría), parece dispuesto a romper con los círculos viciosos que nos caracterizan.

Lo irónico es que, al oponerse a cualquier cambio en materia fiscal o en la regulación económica, la mayoría de los mexicanos se ha convertido en defensor de a muerte de todo lo que no le conviene: el dispendio del gasto público y la protección de empresarios encumbrados. Es decir, se opone a un mayor crecimiento y mejores empleos.



El país está atorado en buena medida porque no hay el liderazgo que explique los dilemas que enfrentamos, proponga soluciones y defienda una visión transformadora del futuro. Como ilustran las encuestas, la población se opone a todo y ése es un caldo propicio para que renazcan y crezcan los demagogos y políticos iluminados. El ambiente de opacidad que nos caracteriza no hace sino preservar lo peor del país, aniquilando cualquier posibilidad de que se desarrolle una nueva era económica. Si esta crisis no se aprovecha para eso, ninguna lo hará y todos padeceremos las consecuencias.

www.cidac.org

**DE POLÍTICA Y COSAS PEORES**

# Sorpresas

CATÓN

Le dice una chica a otra: "¡Mira qué silueta tiene ese muchacho!" Replica la otra bajando la voz: "No es la silueta. Es el llavero que lleva en el bolsillo del pantalón"... En el Festival Bach el famoso organista y la célebre organista armonizaron mucho. Entregados estaban a su amoroso contrapunto en el cuarto de hotel de ella cuando se oyeron pasos en el corredor. "¡Mi marido! -exclama la organista corriendo a abrir la ventana de la habitación-. ¡Rápido! ¡Termina la Tocata y emprende la Fuga!"... Don Poseidón, granjero acomodado, asistió en la ciudad al recital de una soprano de enorme pechonalidad. Al terminar la función le pregunta un entendido: "¿Qué le pareció, don Poseidón, el repertorio de la cantante?" "Como p'acabarme de criar -responde el vejancón-. Lo que no me gustó fueron las canciones"... Se iba a elegir al nuevo líder del sindicato de albañiles. "¡Me opongo a la designación de Wilderio! -protesta un trabajador-. ¡Es pederasta!" "¡Ay, sí, pederasta! -se indigna el otro-. ¡Y a poco tú sí tienes coche!"... El joven ballenato le pregunta a un amigo: "Oye: ¿las ballenas tienen una especie de tubito que les sale del lomo hasta la superficie?" "No -responde con extrañeza el amigo-. No tienen ese tubito". "¿Qué barbaridad! -exclama consternado el joven ballenato-. ¡Entonces me follé un submarino!"... "Señor -le dice la directora del colegio de monjas al papá de la muchacha-. Siento mucho informarle que sorprendimos a su hija en un Ayuntamiento fornicario con un varón". "¡Qué susto me dio, madre! -exclama con alivio el genitor-. Yo pensé que la había pescado usted haciendo cosas malas con un hombre. Pero mientras sean cosas de política..." Llegó el barco a una isla desierta, y el capitán encontró ahí a unos naufragos -un hombre y una mujer jóvenes- que estaban al pie de una palmera en cuyo

tronco había 10 marcas hechas con navaja. "¡Caray! -exclama compadecido el capitán-. ¿Ya tienen aquí 10 meses?" "Las marcas no se refieren al tiempo, capitán -le aclara ruborosa la muchacha-. Llegamos apenas ayer"... El señor llegó a su casa inesperadamente. Su esposa no estaba ahí, y la joven y apetezible criadita andaba haciendo su quehacer cubierta sólo por una batita mínima y traslúcida que dejaba ver todos sus ubérrimos encantos. "¡Mary Thorn! -la reprende el señor-. ¡Cómo te atreves a andar así en la sala! ¡Te me vas inmediatamente a mi recámara!"... Don Martiriano llegó esa noche a su domicilio agobiado por el temor de que Jodoncia, su fiera y grande esposa, le demandara el cumplimiento del débito conyugal. Doña Jodoncia era más fea que un coche por abajo, pero tenía temperamento rijo y pasional, y hacía objeto a su marido de continuas sollicitaciones amorosas. El pobre de don Martiriano pasaba apuros para hacer frente al desahogado erotismo de su media naranja -más bien cantaloupe- de modo que entró en la alcoba temeroso de hallar a su robusta mujer en trance de exigirle lo que sólo de grado se puede otorgar bien. Pero ¡oh sorpresa! A nadie le falta Dios, y su misericordia es infinita. Halló sobre la almohada un recado en el cual su esposa le comunicaba que su señora madre -la de ella- se había indisputado, y tenía que cuidarla aquella noche. El suspiro de alivio que exhaló don Martiriano hizo que las cortinas de toda la casa se agitaran como movidas por el austro, ese fuerte viento que sopla por el sur. Así, ya tranquilo y confortado, el pobre señor fue al baño a desahogar una necesidad menor. Ahí empezó a batallar, pues no encontraba lo que necesitaba para cumplir el trámite que lo llevó ahí. "No te escondas, linda -dice don Martiriano hablando con ternura-. Ella no está en la casa"... FIN.

# Pacto de austeridad

JUAN E. PARDINAS

No hay nada más permanente y duradero que un impuesto temporal. En 1798, el parlamento británico aprobó un tributo provisional sobre el ingreso de sus ciudadanos, que se aplicaría sólo mientras se prolongara la guerra contra Napoleón. El general francés lleva 188 años enterrado en una tumba de mármol, pero los contribuyentes británicos todavía pagan un impuesto "temporal" sobre sus ingresos. En México se introdujo el impuesto a la tenencia de automóviles para sufragar las instalaciones para la olimpiada de 1968. Cuatro décadas y 10 olimpiadas después, la tenencia sigue tan vigente como en el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz.

En el paquete económico para 2010, la Secretaría de Hacienda propone un "alza temporal" del ISR para empresas y personas físicas de mayores ingresos. La tasa pasará de 28 a 30 por ciento. Según las proyecciones del gobierno, en 2013 y 2014 se reducirá un punto cada año para volver a su tasa actual de 28 por ciento. Subir impuestos en medio de una recesión es como quitarle sangre a un paciente que sufre una hemorragia. El sector privado necesita recursos para invertir, preservar empleos y estimular el consumo. Miles de empresas mexicanas encaran la peor crisis económica en una generación y el gobierno sale con la novedad de que no le alcanza el dinero.

Además del aumento al ISR se propone crear un impuesto general a las ventas del 2 por ciento con el objetivo de combatir la pobreza de gobernadores, presidentes municipales y personas de bajos ingresos. De los 71 mil millones de pesos que se espera recaudar con este nuevo tributo, las autoridades locales recibirán 21 mil millones de pesos adicionales.

Cualquier curso de macroeconomía por correspondencia enseña los peligros de elevar impuestos en medio de una recesión económica. El ejemplo más fresco para ilustrar el caso es la crisis de Japón en los años noventa. En abril de 1997, el gobierno nipón asumió que la recesión había terminado y decidió subir el impuesto a las ventas de 3 a 5 por ciento. Esta pésima decisión fiscal llevó a Japón a una década perdida con un nulo crecimiento económico.

El problema central no son los ingresos, sino los gastos del gobierno. La revista *McKinsey Quarterly* presentó una entrevista con el ex primer ministro de Suecia Göran Persson, quien describe cómo se redujo el presupuesto de todo el sector público en un 11 por ciento, para salvar a su país de un déficit fiscal crónico. Entre 1995 y 1998, el parlamento sueco impuso techos de gasto a todas las dependencias de la administración pública y las autoridades locales. Cada entidad de gobierno tenía la libertad y flexibilidad para decidir dónde recortar el gasto,

pero tenía la obligación de cumplir con los límites presupuestales establecidos por el parlamento.

Si el ogro filantrópico no modera su apetito, no habrá cosecha suficiente para saciar su hambre. Si los gobiernos federal, estatales y municipales no ejercen los recursos con más prudencia no habrá reforma fiscal que alcance. Recolectar impuestos y gastarse el dinero recaudado es un acto político con profundas consecuencias económicas. La salida a la crisis fiscal de México pasa forzosamente por la construcción de un acuerdo que incorpore a los tres niveles de gobierno, a las principales fuerzas políticas en el Congreso y a los órganos autónomos.

El pacto por la austeridad y la transparencia debería constar de dos puntos principales: 1) Buscar que todas las autoridades e instituciones públicas del país reduzcan, por lo menos, sus gastos en 10 por ciento. 2) Que todos los gobiernos transparenten sus planillas de trabajadores con el número de plazas y sus respectivas jerarquías salariales. Hoy, si se le pregunta a un gobernador o presidente municipal cuántas personas trabajan bajo su cargo lo más probable es que no tengan la menor idea, porque el dato no existe.

Un pacto político de esta magnitud le daría viabilidad financiera a la democracia mexicana. O se mejora la eficiencia del gasto público o el futuro de la patria se nos va por la coladera.